

GRAMSCI Y LA ESTRATEGIA DE LA REVOLUCION

JOSE JIMENEZ



SE ha celebrado en Florencia el Tercer Congreso Internacional de estudios sobre Antonio Gramsci. A los cuarenta años de su muerte, el marxista italiano aparece como una de las figuras teóricas más vivas y actuales de la tradición comunista. Pero, además, éste ha sido en Italia lo que podríamos llamar "el año de Gramsci", un año en el que se han sucedido las intervenciones, debates y confrontaciones críticas acerca de la obra gramsciana.

Los comunistas y el poder

Probablemente, por debajo de esta acentuada atención por el pensamiento de Gramsci, se entrecruzan las líneas problemáticas del entramado político de la actual situación italiana. Es preciso tener en cuenta que el PCI vive en estos momentos la "vigilia" de una participación directa en el Gobierno, y el partido italiano se ha remitido siempre en su línea política a la figura de Gramsci, aunque desde perspectivas y formulaciones diferentes, según las diversas etapas históricas y los distintos momentos de reconstrucción del pensamiento gramsciano.

Así, si el I Congreso (Roma, 1958), marcado por la fuerte impronta personal de Togliatti, colocaba la relación Lenin-Gramsci como eje central de reflexión, y el segundo (Cagliari, 1967) se centraba sobre todo en el examen de la cultura y de la relación supraestructura-sociedad civil, el Tercer Congreso se ha ocupado fundamentalmente de la problemática política e histórica en Gramsci. Este nuevo interés es inseparable, por otra parte, de la nueva luz con que aparece la obra de Gramsci después de la edición crítica de los *Quaderni del carcere* llevada a cabo bajo la dirección de Valentino Gerratana.

El carácter eminentemente político de la reflexión gramsciana que surge claramente de esta edición crítica, va unido a la clarificación fundamental que los últimos debates han aportado acerca de las relaciones PCI-Gramsci: la política actual de los comunistas italianos encuentra en Gramsci apuntes metodológicos y temas de inspiración,

pero obviamente no puede afirmarse que dicha política estuviera ya prefigurada en Gramsci. Lejos, pues, de convertirle en un mito, en una estatua viviente, pero sin renunciar, por otra parte, a un uso crítico de su pensamiento para elaborar los propios instrumentos de análisis del presente, se trata de evitar la reconstrucción arqueológica de la obra gramsciana para intentar una lectura fundamentalmente política (y no oportunista) de su legado teórico.

La cercanía del poder y esa relación crítica con Gramsci han sido, por tanto, los ejes por los que discurrió el encuentro en el que sorprendía tanto el alto número de participantes extranjeros (con lo que implicaba de interés internacional creciente por la obra de Gramsci), como la extensión de la base cultural marxista en Italia, manifiesta en la atención con que un público eminentemente joven seguía debates de nivel teórico elevado. Una cultura de base que se extendía a la exposición bibliográfica sobre Gramsci, visitada incluso por escuelas de enseñanza media.

El papel de los movimientos de masas

Teniendo en cuenta este contexto, no es extraño que el debate teórico discurriera continuamente en referencia a la realidad social y a la relación pasado-presente. Ya Nicola Badaloni subrayaba en su relación de apertura que el pensamiento de Gramsci es, fundamentalmente, un proyecto de transformación social. Esa incidencia práctica del pensamiento gramsciano se revela también en una problemática que escapó tanto al marxismo de la II como de la III Internacional: la fragilidad de las instituciones democrático-liberales en ausencia del impulso revolucionario de la clase obrera y las masas trabajadoras. El desarrollo histórico de estas instituciones democráticas resulta, en consecuencia, inseparable de la historia de las luchas populares.

En todo caso, esta conciencia de la fragilidad de la democracia permite apuntar una diferencia con las posiciones social-liberales que

han mantenido durante todo el año una cerrada polémica con la utilización política de Gramsci por los comunistas. Las instituciones de la sociedad civil aparecían en los debates del congreso no como formas suprahistóricas de garantía de las libertades públicas, sino como realidades dialécticas, como lugares de enfrentamiento (no directo, no frontal) entre las diversas clases en lucha. Es el tiempo histórico de la guerra de posiciones, del enfrentamiento en las instituciones de la sociedad civil por la conquista de la hegemonía, ante la inviabilidad histórica del choque frontal, de la guerra de movimientos (una inviabilidad que afecta tanto al proletariado como a la burguesía). Pero dicha hegemonía no puede entenderse, en la perspectiva del socialismo, como dominación monopartidista, y exige la reconstrucción de una teoría de las relaciones masas-instituciones-partidos.

Una reconstrucción de este tipo no puede intentarse sólo desde Gramsci. Como afirmaban Pietro Ingrao y Aldo Tortorella, el punto de partida debía ser necesariamente el análisis del presente, de la crisis global de la sociedad burguesa, con la necesidad que esto conlleva de una reflexión histórica y teórica de carácter general. Una crisis que se manifiesta, según Ingrao, en la incapacidad del Estado capitalista asistencial para satisfacer las demandas de las masas por asumir directamente el control y el ejercicio directo de un número cada vez mayor de parcelas de poder. Son aspectos que no podían estar en Gramsci, porque corresponden a nuestro presente histórico, pero sí había en Gramsci la conciencia de que la crisis de la sociedad burguesa no implica necesariamente una salida socialista y de que, por ello, la emancipación del proletariado va unida a una reflexión rigurosa sobre las formas históricas del ejercicio del poder.

La ciencia de la política

Esta reflexión, señalaba el historiador inglés Eric J. Hobsbawm en su exposición, implicará el desarrollo en Gramsci de una ciencia política, algo que no existe en Marx de

manera sistemática, y que debe ser puesto en relación con la experiencia gramsciana del movimiento de masas. Si, como afirmaba en otro momento Gerratana, la matriz revolucionaria del pensamiento de Gramsci tiene su origen en Lenin, y en la sociedad italiana su laboratorio social, este último aspecto estaba a la base de una fundamental diferencia entre Lenin y Gramsci, agudamente señalada por Hobsbawm: la superior experiencia política del comunista italiano con respecto al revolucionario ruso, dirigente de un partido exiguo y clandestino.

La experiencia directa de la lucha, del movimiento de masas, explica el papel central que Gramsci concede a la política como actividad humana: las relaciones socio-políticas entre los hombres exceden el ámbito del Estado y se manifiestan en toda la extensión de la sociedad civil.

Aunque éstos fueron algunos de los temas más importantes del debate, éste no se agotó aquí: las discusiones acerca del concepto de revolución pasiva, sobre la crisis del marxismo, y en torno a la relación entre la teoría de la política y la lucha real, ocuparon también un espacio destacado.

Pero si quisiéramos, en todo caso, resumir en una palabra el sentido último del congreso, quizá fuera oportuno escoger la actualidad que en él se manifestaba de un problema crucial: la reconstrucción de la estrategia de edificación del socialismo a la altura de este preciso momento histórico, de este momento de crisis radical de la sociedad burguesa. Un problema que no puede ser resuelto repitiendo dogmáticamente las fórmulas gramscianas, pero para el que podemos encontrar muchos motivos de inspiración válida en la enorme capacidad de Gramsci para establecer en profundidad las formas de la revolución, en su talante de pensador estratégico. ■ J. J.